

Edgar Roy Ramírez B.

Apuntes éticos: Mary Midgley y una ética de lucidez incluyente

“La ética exige un horizonte de posibilidades más amplio que el que cualquier sociedad existente puede proveer. No es solo un asunto de costumbres sino de perspicacia espiritual e ideales. Su campo de referencia es el mundo”

“Siempre que seriamente juzgamos que algo está equivocado, un fuerte sentimiento acompaña necesariamente a tal juicio. Alguien que no tenga tal sentimiento –alguien que tenga meramente un interés teórico en la moralidad, que no sienta indignación, disgusto y afrenta por cosas como la esclavitud y la tortura– no ha entendido el propósito de la ética.”

(Mary Midgley)

Resumen

El artículo hace un recorrido por varias obras de Mary Midgley con el objetivo de destacar los principales aportes que la autora hace a la discusión ética y ver su gran pertinencia.

Palabras claves: ética, conflicto, costumbres, valores.

Abstract

The article examines through a journey among varios of the works of Mary Midgley, her main contributions in the fields of ethics and examine the significant pertinence of her contributions.

Keywords: ethics, conflict, customs, values.

I. Necesidad de la ética

Vivimos en una atmósfera moral. No podemos salirnos de ella porque no hay dónde ir, nos quedaríamos sin respiración y nos ahogaríamos. Somos miembros de una cultura con sus patrones compartidos de

orientación, que se ha venido construyendo y criticando a lo largo de muchos años: qué se tiene en común, hacia dónde se marcha; los deseos, aspiraciones, ideales son parte de esa creación que nos hace tributarios y deudores de una tradición muy rica en complejidad.

No hay manera de salirse de la moral. Lo que podemos hacer, siempre cabe hacerlo, es negociar la calidad de nuestros compromisos morales. Ya estamos en el barco de la moral y navegamos en alta mar (1). Una posible salida “significaría perder la red social básica en la que vivimos y nos comunicamos con los otros, inclusive todos aquellos del pasado que moldearon nuestra cultura” (2). Es la trama que nos sostiene, que le da sentido a buena parte de nuestra existencia y nos hace miembros de una comunidad ética que no se agota en el presente. Tal trama posibilita la interlocución con nuestros contemporáneos y con nuestros antepasados. Nos da arraigo y sabemos a qué atenernos; permite, inclusive, entender los conflictos para cambiar parte de ella. Sin moral estaríamos “cercaños al autismo o a la depresión extrema –estado en el que, no obstante, la inteligencia puede funcionar, no hay sentido de comunidad, ni deseos, principios, aspiraciones o ideales compartidos, no hay mutua confianza o hermandad con los de afuera; no hay un conjunto preferido de conceptos, ningún acuerdo sobre lo que es importante” (3). La moral, al igual que el lenguaje apunta a nuestra dimensión social, a nuestra pertenencia a, por lo menos, una comunidad ética; apunta a lo que tenemos en común, a lo

que le damos importancia porque nos define y nos constituye. Por ello, una procura de quedarnos sin moral sería una señal de privación, de empobrecimiento, de pérdida, de enfermedad.

La ética es un asunto de razón y pasión, razón y sentimientos, separar entrena un desenfoque. También hay desenfoque cuando se trata de privilegiar una dimensión por la subordinación que involucra. ¿Razón o pasión? ¿Por qué no ambas? Hay un cierto monismo conceptual que genera la ilusión de que tiene que ser una (razón) u otra (pasión). La propuesta de tener que escoger, Mary Midgley la llama un falso dilema inspirado en la metáfora de los cimientos: “La moralidad, al igual que cualquier aspecto de la actividad humana, tiene ambos lados el emocional y el intelectual, y la conexión entre ellos no puede ser solo una conexión externa, como aquella entre las piedras puestas juntas en un edificio. Es una conexión orgánica, como entre la forma y el tamaño de un insecto” (4)

Habría formas racionales de sentir y habría formas emotivas de razonar. No nos ocupamos de lo que nos es indiferente, no nos interesa o no nos importa. También es cierto que tratamos de fundamentar nuestras

opciones emocionales, sentimentales, tratamos de descubrir mejores formas de sentir, tratamos de entender por qué sentimos lo que sentimos, lo que nos mueve: “Todo razonamiento está propulsado por el sentimiento y todo sentimiento serio tiene algún razonamiento como su armazón. Pensamiento y sentimiento no son oponentes más que lo son figura y tamaño” (5)

Nadie es un campeón de la razón pura o de la razón sin más. Somos un ser particular, somos esta persona específica, con sus potencialidades, ubicada en contextos que posibilitan determinados cursos de acción y dificultan otros. Somos agentes y espectadores concretos y encarnados, con debilidades y potencialidades propias. Ahí nacen nuestras exigencias. Eso que somos se va descubriendo en la acción, no hay otra manera de saberlo: “Todos tenemos nuestras naturalezas específicas y campos específicos de opciones. Nuestros deberes tienen que yacer en el alcance de tal ámbito” (6)

La moral no es, aunque la incluya, una colección de normas y restricciones. Es mucho más amplia, de ahí su riqueza, complejidad y necesidad; es, entre otras cosas: “un panorama de ideales, una manera

de desarrollar los sentimientos en una dirección específica, un conjunto de destrezas para visualizar mejores tipos de vida, de trabajar juntos en la inteligencia del destino humano” (7). Es un quehacer colectivo e histórico. Se realiza en una época, y a lo largo de varias, hay acumulados y críticas, ni se comienza de cero, ni se impone una visión. Necesita del diálogo ético, del examen, del análisis, de la puesta en práctica. Ideales que orientan los logros alcanzados y los juzgan. La fijeza apunta a cierta estabilidad y no a la inmutabilidad. El desarrollo del carácter entraña lograr un agente en sintonía con ciertos sentimientos y la búsqueda constante de mejores formas y vida. Es una mezcla de decisiones colectivas y decisiones personales. La riqueza conceptual entraña y posibilita una riqueza práctica, la acción replantea cuestiones que no habían sido examinadas.

II. **Conflicto: importancia ética.**

Hay que reconocer y aceptar que no somos todo claridad, no somos diáfanos, ni siquiera para nosotros mismos. De ahí el conflicto interno. Hay que examinar las motivaciones, el grupo de motivos que nos configuran y nos mueven. La sinceridad, la transparencia, por

poner un ejemplo, son un logro y no un punto de partida. Es importante que el resentimiento no se disfrace de solidaridad, ni la intolerancia de amor al prójimo. Es una tarea siempre por recomenzar.

Reconocer la importancia (y la presencia) del conflicto para efectos éticos es un gran avance de lucidez. Ante un conflicto lo que cabe es la vía del arbitraje, lo que supone poner las partes a negociar, a ceder y lograr. No hay automatismos en tal negociación. También hay que llevar a cabo el examen de los sistemas de prioridad, aunque lo será en un momento distinto. Son tareas diferentes: el resolver conflictos y el analizar los recursos a la luz de los cuales se resuelven o se intentan resolver. “La moral puede ser un medio de arbitrar y, en cierta medida, de resolver el conflicto interno y el conflicto externo mediante sistemas aceptables de prioridad” (8).

El conflicto es inevitable. Se puede decir que este es un hecho: no hay vida sin conflictos. La función posible de arbitrar e intentar de resolver, hasta donde cupiere, a la ética, comporta una perspectiva lúcida a la vez que despoja a la ética de esa posición acrítica de aceptar las cosas tal como están y pregonar

un *statu quo*, que en variedad de casos puede ser opresor o limitante.

El conocimiento es importante para conocer la dimensión de los conflictos para que la razón práctica proceda de la mejor manera. Detectar o especificar cuáles son algunos de esos conflictos y establecer, analizar y revisar los “sistemas aceptables de prioridades” (escalas de valores, cursos de acción, consecuencias deseables, grupos de ideales, planteamiento de formas de convivencia, revisibilidad de éstos) por medio de los cuales se intenta resolver los conflictos. Para todo ello es importante el conocimiento. También ha de tomarse en cuenta el carácter cambiante, nada fijo, de los conflictos. Por eso, son importantes los acumulados que nos dan pistas de cómo se han enfrentado, resuelto, negociado o complicado algunos conflictos. No hay fijeza, excepto el quehacer y el quepensar que sí son constantes. Las fuentes de conocimiento son las ciencias, las artes, el conocimiento común.

Es en el conflicto donde se da propiamente el surgimiento del pensar moral (9) y es allí donde realmente muestra la importancia y pertinencia y calidad (el pensar ético). Aquí

no hay manera de descalificar la necesidad de los juicios morales y la imbricación entre hechos y valores. Tal vez convenga recordar que la distinción entre hechos y valores, es eso, una distinción y no una separación o una dicotomía. Distinguir no es separar.

No solo reconoce, Mary Midgley, la existencia de los conflictos internos y externos, conflictos entre ideales, conflictos entre valores, conflictos entre cursos de acción, conflictos entre modos de vida, entre maneras de organizar la sociedad, entre preferencias de convivencia, sino que también plantea claramente la necesaria disponibilidad de resolverlos. Disponibilidad y capacidad para buscar soluciones compartidas. Hay aquí una tensión constante entre conflicto y solución que apunta al progreso ético. El conflicto evita el estancamiento; la procura de soluciones evita la disolución o la dispersión.

III. La responsabilidad y nuestra condición social

La responsabilidad habla de nuestra condición social. La respuesta que se da nos remite a los otros, apunta a nuestra existencia social. No estamos solos. El

solipsista no podría enfrentar problemas de responsabilidad; tampoco nunca habría aprendido a ser responsable. En contraste, aprendemos a ser responsables porque respondemos a los otros y por los otros. En este sentido, aun reconociendo su gran importancia, la responsabilidad de sí mismo es derivada.

La responsabilidad es un rasgo de un ser vivo, complejo y necesitado. El ser humano (mujer y varón) para quien está pensada la ética es un ser social, en varios sentidos social; es un ser vulnerable, en varios sentidos vulnerable; es un ser comunicativo, en varios sentidos comunicativo. Así nos ha hecho la evolución biológica y la evolución cultural. La genética nos marca con un programa abierto, al ser humano que somos (no el solipsista, ni al superhombre).

El individualismo tiende a pasar por alto, negar nuestra condición intrínsecamente social y sanamente dependiente de los otros. No hay por qué sentir vergüenza en reconocer que nuestra libertad comienza donde comienza la de los otros; en reconocer que el conocimiento nos vuelve deudores; en reconocer que nuestra vulnerabilidad nos recuerda nuestra necesidad de los otros y que

la soledad no es nuestra condición básica, que la racionalidad también la desarrollamos en compañía. No hay menoscabo en reconocer que tal es nuestra condición.

A los filósofos, aunque no solo ellos, se les olvida muy a menudo, que fueron niños: que de los otros aprendemos a ser racionales, a reconocer emociones, a hablar y comunicarnos, a tomar interés en los otros, a verlos como iguales y como fines en sí mismos (10). El aprendizaje es decisivo.

No solo necesitamos la convivencia dadas nuestras fragilidades: por lo extenso de nuestra infancia, en aislamiento dejaríamos de existir; en soledad no aprenderíamos a hablar; “una racionalidad que parte de la premisa de que los otros importan, una premisa que derivamos del amor en nuestros primeros años de la infancia” (11). Hay que recalcar, a su vez, que hay capacidades que solo se desarrollan y se potencian en la convivencia: las capacidades artísticas, las capacidades científicas, serían imposibles sin el acumulado y sin la diversidad de contribuciones que proveen los diferentes miembros de la sociedad. Asimismo, habría que agregar que la enfermedad y la

ignorancia solo pueden enfrentarse socialmente (12).

Nuestra condición social es también fuente de conflicto, puede ser amistosa o puede ser hostil (13). Nos acerca o nos aleja de los otros. Tal ambivalencia ha de ser enfrentada con disponibilidad e inteligencia. Y como somos ineluctablemente sociales, la presencia del conflicto no desaparece.

Volvamos a la responsabilidad. Cuando se decide ignorar (no saber lo que pasa, no averiguarlo) se es responsable de tal ignorancia Mary Midgley la llama “ignorancia fáctica que mana de la negligencia” (14). Por ser una ignorancia voluntaria, entonces, está presente y no desaparece. Mary Midgley lo recalca: “El daño que puede hacerse por no pensar es literalmente inconmesurable” (15).

Hay una tremenda responsabilidad aquí: asumir el quehacer de pensar posiciones y consecuencias, de analizar las propuestas de los instigadores, adalides, propugnadores (políticos, economistas, religiosos, etc.). Tener claro que no hay instigadores, adalides, propugnadores si no hay seguidores; y que ni los primeros son

omnipotentes, ni los segundos pasivos. El no-pensar lleva a unas determinadas acciones o a su consentimiento; el pensar-bien lleva a otras acciones o a su consentimiento. También habrá que ver las consecuencias que tendría pensar-mal. En todo caso, no hay separaciones entre el quehacer y el quepensar. También actuar de otra manera lleva a otra forma de pensar.

Por supuesto que el ejercicio de la responsabilidad enfrenta obstáculos muy fuertes. La burocracia, la inquisición, una dictadura, un gobierno totalitario hacen más difícil asumir la responsabilidad aunque no imposible: “si fatalistamente aceptamos que se ha vuelto imposible, nos dejamos engañar por la propaganda” (16). Destacar los obstáculos de la asunción de la responsabilidad, recalca que la responsabilidad no es tarea fácil. En realidad, nunca lo ha sido porque siempre ha habido organismos y poderes fácticos empeñados en lograr que a los seres humanos les sea más fácil proceder mal que hacerlo bien “y en todas las épocas se ha invertido mucho ingenio para hacerlos de acuerdo con ese objetivo” (17). Los obstáculos han de tomarse en serio para rechazar dos tentaciones: vernos como una pieza de un engranaje o

como un átomo independiente aplastado o sin influencias. En ambos casos, aunque en diferente sentido, se da una disminución de nuestra capacidad de agentes. Ahora bien, la tentación no tiene por qué volverse destino. Tratar a los otros con respeto en cuanto a agentes morales es tratarlos como agentes responsables, agentes necesitados de buscar patrones prácticos, de saber a qué atenerse en situaciones específicas, quienes para decidir qué hacer recurren al conocimiento teórico y práctico, conocimiento de los hechos y conocimiento de los valores, recurren a experiencias pasadas y a cursos de acción, a qué han hecho otras personas en situaciones parecidas. Se decide pero nunca en soledad. Hay que agregar que el concebirnos como agentes responsables comporta una concepción ética autorreferente. Es decir, es a su vez una concepción ética. Es un punto de partida, no obstante, la lucidez que entraña.

Cualquier intento de renunciar a la responsabilidad busca una condición paradisiaca de inocencia, de no poder o no querer responder a las preguntas ¿quién lo hizo? ¿quién lo dejó de hacer? Implica, por ello, un rechazo de nuestra condición de agentes.

IV. Aislacionismo moral, escepticismo

Al crítico afuereño, o al crítico lugareño, se le responde. No se le descalifica aludiendo al origen. Hacer tal cosa es una forma irrespetuosa de precisamente no tomar en serio al crítico (variante además de la falacia ad hominem). Mary Midgley se pregunta por qué aceptar las alabanzas si proceden de un afuereño. Al parecer, si el observador externo es descalificado, desestimado, en la crítica, por mero paralelismo, también tendrá que serlo en las loas. Empero, no es lo que se hace, ni la consecuencia que se saca. Es preciso, por el contrario, sopesar lo que plantea el observador externo o afuereño en lo que respecta a la justeza, a la exageración, al desdén o al afán de agrandar de lo que plantea. Podemos estimar una determinada posición en pro o en contra como medianamente fundada, como bien fundada, como descabellada; pero, nada de ello tiene que ver con la procedencia del interlocutor.

El relativismo tiene a su favor, según Mary Midgley, el lado que apunta a la legitimidad de las reglas y posiciones morales de una

comunidad o de una sociedad, la dimensión particular de la ética. Sin embargo, estipular que no se puede criticar a otra sociedad, blindarla ante la crítica, es un paso completamente diferente. Podríamos, en consecuencia, concluir que colige Mary Midgley, estar excluidos, o impedidos, para criticar nuestra propia sociedad, ya que es, al fin y al cabo, una sociedad en la que hay prácticas, cursos de acción y juicios que se considerarían legítimos. Ahora bien, la legitimidad no es estar más allá de toda crítica; si así lo fuera, habría que hacer desaparecer del interés ético al conflicto. No hay manera, con todo, de prescindir de la crítica como si en nuestra sociedad todo anduviera bien. Querer hacer cambios no es equivalente a querer hacer perfecta la sociedad. Es únicamente querer hacerla mejor de como es: es querer eliminar males y obstáculos que les impiden a los seres humanos llevar una vida mejor. El empobrecimiento y el menoscabo de la vida de otros seres humanos, que nos empobrecen, en última instancia, a todos, es lo que lleva a buscar la superación de tales condiciones para que los seres humanos florezcan. Involucra reconocer que el “único objetivo de tener ideales es criticar las costumbres actuales” (18). El ideal se

enfrenta, polemiza, con la realidad. La crítica es descontento con los estados de cosas. El ideal expresa un deseo de cambio, una resistencia a lo actual, que se juzga necesitado de cambio. El ideal se piensa en clave de futuro porque se quiere cambiar aspectos del presente.

En otras palabras, si el relativismo llevara razón, se haría imposible algo que no es extraño hacer, la crítica del estado actual de cosas, y que además es de gran ayuda a la salud ética de una sociedad. Otra estrategia que quedaría por fuera, es la práctica nada exótica, ni indeseable, a saber: que otros hagan juicios sobre nuestra sociedad. Cuando un afuereño hace una crítica o una alabanza, podríamos hasta estar de acuerdo con ella. Llevar al extremo la descalificación de alguien por no ser miembro de la sociedad, entrañaría el rechazo grandes porciones de conocimiento producidas personas y comunidades que no son las nuestras.

El aislacionismo moral, relativismo, haría desaparecer la sensatez de la ética y la reduciría a bien poco. No podríamos hacer lo que hacemos y lo que tenemos sobradas razones para hacer: “Nos enojamos con razón con aquellos que desprecian, oprimen o

avasallan otras culturas. Creemos que hacer estas cosas está mal. Pero este es un juicio moral. No podríamos condenar la opresión y la insolencia si pensáramos que toda nuestra condena fuera tan solo un trivial capricho local de nuestra cultura. Menos lo haríamos si tratáramos de dejar por completo de juzgar”. (19). Tenemos mucho que criticar y mucho que aprender. Si el aislacionismo moral estuviera en lo correcto tampoco podríamos aprender de otras épocas. Por supuesto, la tarea no es fácil, el aislacionismo moral, empero, sencillamente lo torna imposible.

Está claro que el juzgar ha de hacerse de la manera más lúcida y provisional (con posibilidades de cambiar). Obviamente, han de evitarse los juicios burdos o rudimentarios. El afán está en entender y no en incurrir en una autocomplacencia estéril.

La sutileza del análisis de Mary Midgley es asombrosa: si el reto es que nosotros no podemos entender otras culturas, hay que reconocer que también hay rasgos de la propia cultura que no entendemos. Si el aislacionismo impide hacer juicios sobre otras culturas, ¿cabe hacerlo respecto de la nuestra? Lo hacemos constantemente y las

otras culturas pueden proveer criterios, modos de comparación, metas por conseguir; amplían nuestras posibilidades de inteligencia, de examen, de evaluación, de acción. Tampoco las culturas son islas.

La conclusión a la que llega Mary Midgley: “...el aislacionismo moral establecería una prohibición general sobre el razonamiento moral” (20); o todavía más contundente: “una moral aislacionista en una mala moral” (21).

¿Cómo se le responde al escepticismo? “Si queremos decir que la violación, el asesinato y el abuso de niños son crímenes terribles mientras que una infracción de estacionamiento no lo es, es tan solo nuestra preferencia personal y no podemos darle un fundamento racional” (22) ¿Es una mera cuestión de gusto establecer la diferencia entre la violación, el asesinato y el abuso de niños, y las infracciones de estacionamiento? ¿una mera preferencia?

Para comenzar, concedemos diferentes grados de importancia a las acciones y no como una cuestión exclusiva de gusto personal, sino como una cuestión social. Calificamos diferente por razones variadas: por las consecuencias involucradas, por la

generación de víctimas, por los efectos sobre ellas; por el desorden en la convivencia que entrañaría no reconocer las diferencias; por el cambio profundo que generan en los agentes, sobre las víctimas, sobre las sociedades; por el modo que afectan la manera de cómo queremos vernos o concebirnos como sociedad, de cómo nos valoramos. En consecuencia, nada que afecte a otros profundamente, o la haga con nosotros, puede ser una “mera preferencia personal”. En contraposición, la infracción a las normas de estacionamiento es una infracción de la etiqueta automovilística. En el peor de los casos genera molestias.

También podemos decir que de acuerdo con nuestra naturaleza hay males, injusticias, agravios, entuertos que no se le deben hacer a nadie en ningún lugar. Cabe agregar que el escepticismo es un intento de salirse de la ética.

V. Razones y sentimientos

Hay momentos en que claramente nuestra reflexión y quehacer éticos comienzan a partir de la indignación frente a una situación o una acción; con el rechazo espontáneo de una situación de

victimización; por la simpatía que sentimos por ser involucrados en un estado de cosas; por la vergüenza que sentimos que algo ocurra, por la pérdida que vislumbramos; por la solidaridad que brota frente a situaciones de dolor o injusticia; nos da rabia que, para decirlo con Dylan Thomas, la luz muera.

Tampoco tiene nada de misterioso iniciar algo en favor de alguien o álguienes por amistad, por el gozo que produce, porque nos parece pertinente una ayuda oportuna, por aumentar la belleza o la alegría.

Los sentimientos son parte de nuestra vida moral vista a la luz de las personas que somos y de cómo estamos constituidos. La tortura nos espanta y nos indigna los intentos de redefinirla, por el uso que le dio, que hizo el gobierno de Bush hijo; y tratamos de entender el porqué alguien la practica, la defiende, la recomienda, y en qué contextos lo hace, en virtud de qué creencias, intereses y prejuicios.

Estamos ante una actividad racional compleja, sin vías fáciles o caminos reales ya preestablecidos. Es nuestra tarea ineludible ver hacia dónde señalan los sentimientos, a qué le dan peso. Tenemos que analizar y

evaluar. Tenemos que pensar mucho. Tomar decisiones y sopesar importancia. Precavernos que la envidia, el prejuicio, el resentimiento no socaven la labor ética. Preciso es ver si se justifican, si son genuinos, si no están fuera de lugar y más bien nos desorientan. Ir más allá de las apariencias y encontrar o descubrir apariencias de qué son: “sabemos que los sentimientos no son una guía infalible [...] Debemos explicar en detalle el mensaje de nuestras emociones y ver qué tratan de decirnos. Para esto tenemos un vocabulario flexible realmente muy bueno, para articular su significado y ver cuánto importa” (23).

La concepción del agente ético sin divisiones artificiales o irreconciliables, es la persona entera la involucrada. La labor ética se vuelve más difícil a la vez que más real. Es decir, más en contacto con el ser humano complejo que somos. Tenemos que generar formas de enfrentar los conflictos entre los “sentires”. Asimismo, los “sentires” ayudarán a aclarar nuestro pensamiento. Pensamiento sin emoción se torna empobrecedor, emociones sin pensamiento se vuelven desorientadores.

Restaurar la unidad parece ser una meta constante de Mary Midgley: hay un agente,

que es a su vez un espectador que siente; o hay un sentidor espectador que a la vez actúa y siente: o hay un sentidor que es a la vez agente y espectador. No hay separación pero sí un cultivo de tales rasgos componentes. No hay por qué separar lo que está unido naturalmente por nuestra configuración del tipo de ser que somos. “Pensamiento, sentimiento y acción están conceptualmente, no contingentemente conectados. Son aspectos de una sola cosa: la conducta” (24).

No separar emoción, sentimiento (feeling) del pensamiento vuelve a la vida humana inteligible. Nos experimentamos como unitarios, sin rasgo de dualismo alguno. Es una experiencia claramente anticartesiana. Nos permite superar el solipsismo que amenaza al dualismo. Nos percatamos que somos agentes y espectadores encarnados, sociales, con capacidad lingüística y que no somos átomos que eventualmente chocan. Somos clara y decididamente seres sociales. “Por lo general, los sentimientos para ser eficaces, deben tomar forma como pensamientos; y, los pensamientos para ser eficaces deben ser propulsados por los sentimientos adecuados. El pensamiento especulativo no es la excepción: depende de

los poderosos sentimientos del interés y la curiosidad”. (25)

¿Para qué separar lo que puede ir bien junto? Que cada “parte” haga su trabajo.

“El intelecto que desea, el deseo que piensa”. Bella manera que tiene Aristóteles de expresar una unidad, tan a menudo olvidada. El ser humano piensa y desea como persona completa. Es la persona entera la que escoge, la que piensa, la que siente, la que imagina. Somos todo eso.

Mary Midgley hace una broma filosófica muy atinada, por lo demás, cuando parece quejarse de los filósofos contemporáneos “cuando discurren sobre la relación 'mente / cuerpo', rara vez consideran algo en ese 'cuerpo' que esté bajo del cuello” (26).

La razón es esclava de las pasiones, dice Hume. Puede serlo pero no siempre, ni tiene por qué serlo. Las pasiones pueden ser esclavas de la razón. Pueden serlo, pero no siempre, ni tienen por qué serlo. También cabe que estén al servicio de la razón, de la misma manera como la razón puede servir a las pasiones. La cuestión no es fija ni está decidida de una vez por todas.

VI. Costumbres

Todos crecemos en un entorno nutricional, que claramente contribuye a formarnos en ese intercambio entre las personas y entre ellas y la tradición. Algunas de esas personas son además personas queridas. No hemos sido arrojados al mundo, por modesta que fuese, hemos sido puestos en una cuna. Del entorno absorbemos, aprendemos, sacamos opciones: no hay ningún comienzo a partir de cero. Se comienza, por el contrario, con un acumulado. Nos paramos en los hombros de los demás. El acumulado es nuestro punto de partida, no sin altibajos, no sin conflictos. “Aunque las tradiciones sociales son a menudo detestables y, si bien, a menudo necesitan poda y tala, ellos son el único punto de partida del cambio, y alguna especie de continuidad en el cambio se necesita para nuestra sobrevivencia espiritual” (27).

Ahora bien, las costumbres y las costumbres juzgadas o reputadas deseables son un buen comienzo. No obstante, no son toda la historia como parece ser la tesis relativista. Las costumbres, por el contrario, se revisan, se analizan, se desmenuzan, se evalúan, en suma, se critican. ¿Con qué resultados? Son variados los resultados que pueden darse:

1. la ampliación de la comunidad ética para incluir un grupo mayor que se ve afectado por tal costumbre. La ampliación puede ser en dos direcciones: otros seres humanos y otros seres vivos;
2. modificación para que acoja algún cambio;
3. eliminación porque genera víctimas gratuitas (como se ha hecho en algunos lugares con las corridas de toros, o al convertir la violencia doméstica en un asunto público en lugar de seguir considerándola como un asunto privado de la vida de algunas familias);
4. generación de costumbres nuevas como se ha hecho con la educación ambiental, de manera que ya hay grupos que están en contra de la contaminación evitable del entorno y, en virtud de ello, a favor del reciclaje, la reutilización de productos y de cambios de estilos de vida. Otras costumbres pasan al olvido porque pierden encanto o porque pierden el entorno propio (como le ha pasado a

buena cantidad de juegos infantiles tradicionales porque los espacios donde se jugaban han sido encementados o enzacatados).

Al hacer un replanteamiento de algunas costumbres que, aunque aprendidas atmosféricamente, no se mantienen sin esfuerzo, estamos con la primera materia prima con que trabajamos al iniciar las tareas de una ética crítica. Es en nuestra comunidad donde damos los primeros pasos y muchos pasos posteriores, nos configuramos, adquirimos solidez e identidad. Por eso, nunca será despreciable tal aporte. Conformidad y cambio parece la tónica: “Respeto por la costumbre no es patológico. Es normal, no solo en nuestra especie, sino en la mayoría de los animales inteligentes. Un trasfondo de costumbres relativamente fijo es necesario como la base sobre la cual se ha de erigir un emprendedor, constructivo y complejo modo de vida” (28).

VII. Valores

La realidad no viene en una división con etiquetas que digan “hechos” y “valores”. Ni está definido todo en el campo de los hechos. La pertinencia de unos y otros es central. Prohibir hacer juicios de valores parece decir

algo claramente valorativo: “no se deben hacer juicios de valor”. Es claro que se intenta prohibir lo que se hace a su vez con la propia prohibición.

¿Cuál sería la ventaja de la recomendación de evitar los juicios de valor, si es algo que inescapablemente hacemos? Tal vez lo que se procura conseguir es que no se hagan juicios de valor injustificados, impertinentes, de baja calidad. ¡Excelente recomendación, sin duda! Pero tal recomendación no excluye, ni impide el que pueda haber juicios de valor bien hechos. Evitar un exceso está muy bien; pero, no a cambio de incurrir en otro de signo contrario. Cabe conservar el aporte positivo: la clara preocupación genuina de la vigilancia respecto de la calidad de los juicios de valor.

¿Conocemos los valores? Si calificamos un acto de “justo”, por ejemplo, ¿qué hacemos? Lo ponemos en un contexto, le reconocemos determinadas características, le podemos decir a otra persona que ha usado mal el concepto o que no ha procedido justamente, según el caso, podemos organizar la enseñanza de manera que estimule la acción justa. Puede haber, entonces, enseñanza, estímulo, crítica, discusión, incorporación, evitación de confusiones. Podemos concluir:

se hacen cosas muy parecidas a cuando se trasmite o produce conocimientos.

Una posición sensata bien defendida lleva más fuerza que una meramente impulsiva: “en la vida real, la distinción entre un sentimiento meramente irreflexivo y un juicio serio se mantuvo y conservó su enorme importancia práctica. Todo mundo toma más seriamente una posición moral cavilada y bien defendida que una puramente impulsiva” (29). He aquí una crítica interesante a una posición filosófica: el emotivismo ético con su separación de hechos y valores. La respetabilidad de una posición radica en la articulación y la calidad de las razones aducidas. Se dice, y se acepta, que hay buenas razones para un curso de acción determinado o hay ausencia de ellas, razones para la recomendación o la evitación. Tendemos a rechazar una acción cuando no le vemos la justificación, o juegos de razones, que la defiendan. Si en tal condición se llevare a cabo, la calificaríamos de arbitraria, de injustificada, de infundada.

Para terminar, destaquemos la sana sensatez de Mary Midgley, quien se resiste a los reduccionismos, a los dualismos por cuanto éstos distorsionan una realidad claramente

captada. Se resiste a formas de pensar que invitan a la separación de cuerpo y mente, razón y sentimientos, hechos y valores, cultura y naturaleza. No quiere hacer una ética desligada de la realidad a espaldas de la ciencia.

Notas y referencias

- (1) Benjamin, Martin. *Philosophy & this actual world. An Introduction to practical Philosophical Inquiry*. New York-Oxford: Rowman & Littlefield Publishers. Inc. 2003: 112
- (2) Midgley, Mary. *Can't We Make Moral Judgements?* New York: St. Martin's Press. 1991: 10
- (3) Id.
- (4) Midgley, Mary. *Heart and Mind*. London-New York: Routledge, 2003: 6
- (5) Midgley, Mary. *The Myths We Live By*. London-New York: Routledge, 2004: 9
- (6) Midgley, Mary. *The ethical primate. Humans, freedom and morality*. London-New York: Routledge, 1994: 138
- (7) Ibid. p. 120
- (8) Midgley, Mary. *Wickedness*. London – New York: Routledge, 2001: 178.
- (9) *Can't We Make Moral Judgements*: 139.
- (10) Midgley, Mary. *The Solitary Self. Darwin and the Selfish Gene*. Durham: Acumen, 2010:65. También véase Jonas, Hans. *Pensar sobre Dios y otros ensayos*. Barcelona: Herder, 1998: 67.
- (11) Ibid, p. 88.
- (12) *Can't we Make Moral Judgements?*: 73.
- (13) *Ethical Primate*: 182.
- (14) *Wickedness*: 64.
- (15) Ibid. p. 133.
- (16) Ibid. p. 66.
- (17) Id.
- (18) Midgley, Mary. *Science and Poetry*. London – New York: Routledge, 2001: 230.

- (19)*Heart and Mind*: 84.
- (20)*Ibid.* p. 83.
- (21)*Ibid.* p. 136.
- (22)*Can We Make Moral Judgements?:* 5.
- (23)*The Myths We Live By*: 106.
- (24)*Heart and Mind*: 118.
- (25)*Heart and Mind*: 4.
- (26)*The Myths We Live By*: 101.
- (27)*Can't We Make Moral Judgements?:* 45.
- (28)*Ibid.* p. 78.
- (29)*Ibid.* p.139.